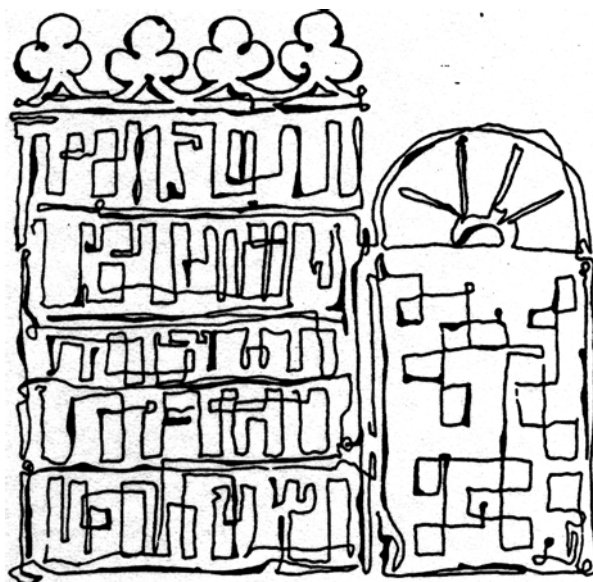


**CONGRESO INTERNACIONAL
DE ESCRITORES CASTELLANO-LEONESES,
HISPANOAMERICANOS Y PORTUGUESES**

Actas de las Jornadas celebradas en Segovia del 7 al 11 de marzo de 1994



SOCIEDAD V CENTENARIO DEL TRATADO DE TORDESILLAS

Santos Sanz Villanueva

Estado actual de la narrativa en Castilla y León

Hace un decenio, en 1985, dentro del Congreso de Literatura Contemporánea en Castilla y León, que auspició la Junta de esta Comunidad, me encargué de trazar el «Panorama general» de la prosa narrativa castellano-leonesa a lo largo de la postguerra. En aquella visión sintética -tan semejante, por otra parte, a la que ahora me ocupa dentro de estas Jornadas de escritores que amplían su marco a lo portugués e hispanoamericano- partía de un doble supuesto: por un lado, existen en ese período muy singulares narradores vinculados con Castilla y León; por otro, éstos contribuyen de forma decisiva a la configuración de la narrativa española contemporánea. Limitado en la presente ocasión el marco cronológico por la siempre relativa noción de actualidad, pueden sostenerse novelas vinculadas con esta porción del territorio nacional. Agregaba entonces, además, algo que reproduzco en su literalidad: tal y como yo veo este panorama, «La narrativa española de este largo período posterior a la guerra civil, pero dentro de ésta ocupa un lugar prominente por las singularidades que ha producido y, en buena medida, por haber sido determinante -o muy influyente, añadido- de algunas líneas maestras». Esa descripción valorativa de ayer viene como anillo al dedo para resumir el marco actual.

Dentro de esas «generaciones juntas» que conviven en casi siempre pacífica coexistencia en el momento presente de nuestras letras, en cada una de ellas podemos recordar a varios destacados narradores castellanos o de estrecha vinculación con lo castellano. No haré la lista prolija porque la notoriedad de los nombres vale más que relaciones de mayor amplitud o detalle: entre los prosistas de anteguerra, Rosa Chacel ha acompañado su lúcida ancianidad con nuevos textos; entre los de primera postguerra, Miguel Delibes no ha interrumpido su labor parsimoniosa, coherente, sin prisas ni pausas, que cada día parece redondear más -si eso es posible- el círculo de sus preocupaciones. Algunos de los novelistas del medio siglo han alcanzado la plenitud de su madurez, acompañada del reconocimiento obtenido por Carmen Martín Gaité, y de la notoriedad convertida en casi popularidad de uno de los alevines de esa promoción, Francisco Umbral. Y, si miramos hacia fechas más cercanas, advertiremos que algunos de los autores más destacados de la narrativa española penúltima (Luis Mateo Díez, José María Merino) o última (Julio Llamazares) tienen origen leonés. Los nombres que ilustran los tajos diacrónicos realizados, y otros que podrían acompañarlos, avalan la importancia de la contribución de las tierras viejas de Castilla y León a las nuevas letras españolas.

Esa relevante significación se confirma en cuanto anotamos que no hay parcela de éstas que no se haya nutrido con aportaciones casi siempre de primera fila de escritores castellanos. Señalaré, a manera de síntoma, unas cuantas. La narrativa de corte histórico, tan del gusto del día, suma contribuciones de Jesús Torbado (antiguo cronista de la Tierra de Campos) de *El Peregrino*, del Ramón Carnicer de *Las jaulas* o de unos cuantos títulos de José Jiménez Lozano, de *Parábolas y circunloquios de Rabí Ben Jehuda a Sara de Ur*, entre otros. Dentro de esa temática histórica, la guerra civil, filón que podríamos pensar exhausto, pero aún muy vivo, reafirma una vigencia que viene de hablar de carencias morales e históricas no superadas. Sin embargo, no puede contarse hoy la larga lucha fratricida de la misma manera que cuando era una vivencia de los autores personal y lacerante y por eso aparecen perfiles renovadores de un asunto cada vez más distante, a lo menos en el tiempo. Los nuevos perfiles, que se encierran en planteamientos que combinan el testimonio y la evocación con el mito y la inventiva, están definidos por ficciones de Julio Llamazares (*Luna de Lobos*), Manuel Villar Raso (*Una república sin republicanos*, que luego volveré a citar), y Juan Pedro Aparicio (*La forma de la noche*) o con un libro de una asturiana, María Luz Melcón (*Guerra en Babia*), pero que sitúa en León, tierra de sus mayores, su recuperación minuciosa, testimonial y a la vez épica de aquellos años sangrientos.

Otras tendencias que definen la pluralidad de caminos de nuestra prosa reciente encuentran su confirmación en la próxima narrativa castellano leonesa, variada en sus temas y en sus formas, sin otras cortapisas que las que cada narrador quiere imponerse. Si rastreamos el testimonio de una actualidad inmediata hecho con urgencia casi documental y periodística, ahí están los libros de Ramón Ayerra (*La tibia luz de la mañana o Los terroristas*). Si buscamos una narrativa de ideas, próxima a lo que suele entenderse por novela intelectual, de preocupación especulativa, moral o religiosa, tenemos buena parte de la obra de José Jiménez Lozano o el par de curiosas novelas del fallecido Luis Martín Santos (*Encuentro en Sils María o El combate de Santa Casilda*), en las que su acción, tan secundaria, tiene un pie en el ensayo.

Si entendemos que el relato no debe sujetarse a esquemas convencionales, marcados por la tradición y que la literatura ha de ser sensible a una renovación de la forma, algunas narraciones de Antonio Pereira logran un tipo de enunciado que, sin renunciar a la esencia del cuento, obtiene una nueva expresividad. Y Antonio Gamoneda, cuyo nombre puede extrañar aquí por su condición de poeta, indaga nuevas fronteras de la prosa en algunas páginas suyas que comparten la tensión lírica y un mínimo de narración. No son relato, ya lo sé, sino «textos» que diluyen fronteras de géneros y que buscan una comunicación literaria esencial. En fin, para cerrar este muestreo de significativa variedad también podemos añadir un documento curioso, insólito en su planteamiento autorial, el de un autor castellano que escribe la única

novela anónima -o pretendidamente tal- que yo conozca en las letras recientes de nuestro país, un *contrafacta* de la picaresca, *Vida de Iñigo de Esgueva, pícaro de estos tiempos*, que dice cosas picantes de los palentinos de ahora con una lengua que imita la del siglo de oro (anotemos que, sin embargo, el autor real, José Ángel Hidalgo, ha desbaratado los fecundos efectos de la anonimidad radical de su predecesora, *el Lazarillo*, al no ocultar su personalidad a la prensa, a la que ha hecho declaraciones que reducen el disimulo del nombre a un juego).

Apuntadas y ejemplificadas las precedentes tendencias de la actualidad novelesca en Castilla y León, este panorama ha de plantearse ya en qué medida -y al margen del origen geográfico de los escritores- la realidad social, económica, moral de esta región ocupa un lugar en las preocupaciones temáticas o en los pretextos argumentales de nuestros narradores. No es infrecuente que nuestras novelas hablen de esta tierra y de esos aspectos y el balance global tiene dimensiones y aún sentidos bastante diversos. En Fernando Sánchez Dragó, por ejemplo, la mención frecuente en sus novelas de su Soria adoptiva entraña un guiño a sus lectores, al cabo de la calle de la raíz autobiográfica del narrador de *Las fuentes del Nilo*, pero supone también la cita expresa de un lugar que, sin perder su cualidad real, se convierte en una especie de emblema de un espacio para el descanso íntimo de sus inquietos personajes. El autor, popular, viajero y cosmopolita, parece situar en esta ciudad pequeña, vieja y literaria una reconfortante aurea mediocritas, alternativa a tiempos de ajetreo y a urbes inhabitables. Esta presencia soriana en Sánchez Dragó resulta, en cualquier caso, emocional, entrañable y no implica recreación demorada de la realidad castellana, objetivo que sí está en cambio en otros narradores.

No se trata aquí, que quede claro, de elaborar una relación exhaustiva de quienes gustan de estas últimas actitudes sino de señalar unos cuantos nombres por vía de ejemplo. Uno se me impone de inmediato y no para que aparezca en una lista sino para reivindicar su figura literaria, original y marginal, callada y auténtica, que, además, por causa de su reciente fallecimiento, corre el peligro de que se convierta en pura inexistencia lo que en vida ya fue una presencia más que discreta, casi clandestina. Me refiero a un vallisoletano que bajo el pintoresco pseudónimo de Blas Pajarero firmó un singular libro de paisajes y hombres, de privaciones y esperanzas, *Retazos de Torozos*. Su estilo clásico y sensorial, su decir enraizado en la lengua viva del pueblo y en la tradición literaria áurea, es la hermosa y sabrosa cobertura de un modo de entender la literatura como compadecimiento con los humildes, con los desheredados de la fortuna, quienes, en su caso, tienen un aire colectivo, comunitario, al representar en las tierras de Torozos parte de una Castilla esencial e irredenta, que vive inerme el peso de una historia agobiante y sufre los peores presagios de futuro:

Y debió de ser cuando los Comuneros perdieron en su porfía y sus hijos se fueron a medrar a la Corte, cuando empezó a desmoronarse todo esto, porque castillos, fortalezas y atalayas debía de haber muchos en pie por entonces, y pueblos hay donde ni piedras quedan, pero que aún se dice del Castillo a la calle que da a un escarpado, o del Arco y del Portillo a lugares que hoy son corralones.

Y no lo traigo a colación porque me duela el que no esté en pie aún, pues de poco servirían, y sí me duele la sospecha que tengo, que aquí fueron como plagas la deforestación, la descomunicación y hasta si me apuran, la desamortización (¡qué palabras digo!)

El que lo sea la industrialización está aún por ver. Ya no es bueno, que a galpones y desde fuera nos venga (pp. 25-26).

Bien conveniente sería -y el marco de estas jornadas propicia la declaración, que no deberá tomarse como oportunismo localista- que las instancias oficiales autonómicas hicieran algo para difundir a un escritor entrañado en su tierra y original.

Lo que hay de soterrada pero clara conciencia local en Blas Pajarero lo convierte un prosista de las últimas generaciones, Avelino Hernández, en proclama castellanista, abierta, reivindicativa, casi desafiante. Ya el título de un par de libros suyos de viaje (*Donde la vieja Castilla se acaba* o *Crónicas del Poniente castellano* éste en colaboración) nos alertan de las preocupaciones testimoniales, testificales, de este escritor soriano. Otro tanto ocurre en relatos de Hernández en los que aunque la narratividad tenga más peso (*Campodelagua* o *La sierra del alba*), no disimulan el compromiso del narrador con su tierra por medio de una mezcla de testimonio de una ruina y de emoción elegíaca. Semejante elegía no es resignación sino reconocimiento del pasado y apuesta por el porvenir. Con una arenga crítica y esperanzada comienza *Campodelagua* y con palabras prestadas que hablan elocuentemente de las desazones del autor lo hace *La sierra del alba*:

Al paso de la historia, bajo la bota de la cultura vencedora, quedan siempre dos tipos de escombros: los de las culturas que murieron y los de las culturas que fueron derrotadas.

De las primeras -las culturas que murieron- nos quedarían apenas algunos vestigios y el recuerdo.

Las segundas, en cambio -las culturas que fueron derrotadas-, perduran vivas como el rescoldo bajo cien cenizas. Su persistencia alienta el palpito de nombres, ritos, tradiciones, costumbres, fiestas... adheridas como líquenes a las ramas viejas de la cultura vigente.

A veces, cuando los vientos de la historia soplan contrarios, los elementos vivos de las culturas que perdieron se agazapan de mil formas en reductos a medias tolerados y a medias

proscritos.

A veces, cuando soplan favorables los vientos de la historia, recobran toda su fuerza los elementos vivos de las culturas que perdieron. Llegan incluso, en ocasiones, a pretender incorporar la savia de los valores que portan al cuerpo de la cultura vigente.

Para estos casos, la cultura vigente tiene ya previstas las soluciones. Para estos valores, la cultura vigente ha reservado un espacio, la heterodoxia.

Y así, marginales respecto de lo que -porque domina- es ortodoxo, sobreviven los escasos escombros palpitantes de las culturas que fueron derrotadas.

La tierra castellana, que en otros momentos históricos recientes se percibió como esencia de lo hispánico desde la que se podía intentar una regeneración nacional, hoy, en cambio, casi sobre todo en sus ámbitos no urbanos, puede representar la pervivencia de lo ancestral, del primitivismo más puro y más alejado de la modernidad, de la civilización. Por eso no deja de ser curioso -si bien constituye raro testimonio de una práctica casi insólita- que en Castilla se haya editado y premiado una novela que reverdece en nuestros días la más neta tradición del drama rural. Hay que echar la vista bastante atrás, por encima incluso del ruralismo de los años cincuenta, para hallar un drama tan puro como el descrito en *La herencia de Ayala*. No ha de pensarse en anquilosados gustos de un autor valetudinario, pues quien lo firma, Tomás Val Sáez es joven (nació en 1961) y este dato contribuye a acrecentar nuestra perplejidad ante un texto tan extraño, tan anacrónico, en un sentido literal y no peyorativo. *La herencia de Ayala* describe una Castilla profunda y bárbara en la que tiene lugar la tragedia campesina de la familia Ayala entre cuyos miembros se reparten comportamientos primitivos que llevan al despotismo, la barbarie, la violación, el asesinato... Lo sorprendente es que el relator de los sucesos se adelanta a cualquier censura de primitivismo alegando que él no hace sino un retrato fidedigno de la gente. Algo podrá sobrevivir de una hosca Castilla machadiana, pero no parece que sea una Castilla actual. Más bien, podríamos pensar, frente a tanto cosmopolitismo de importación, el joven Val Sáez ha vuelto los ojos a una realidad marginal, residual, que todavía se hace preciso documentar.

Si ese ánimo explícito de buscar caracteres esenciales -tan parecidos, por otra parte, en todo el dominio rural peninsular_, Castilla y León se convierten en escenario, en otras ocasiones, de firmes rasgos localistas que, sin embargo, apuntan por elevación a una realidad más amplia; se convierte en un espacio, rural o urbano, modélico de conflictos, problemas o tensiones que haríamos mal en adjudicar en exclusiva a una sola y excluyente área geográfica. Así sucede en la mencionada *Una república sin republicanos*, de Manuel Villar Raso, cuya acción se sitúa en un pueblecito soriano en el que se condensan las vicisitudes y enfrentamientos que se

pusieron de relieve desde el 14 de abril de 1931. Esa imposible España republicana lo es en Castilla y en cualquier otra parte de la geografía nacional. Bastante también de experiencia colectiva, universalizable (al menos en un ámbito nacional) tiene el relato de las peripecias vallisoletanas de la resistencia juvenil y universitaria antifranquista que ha referido Andrés Trapiello en *El buque fantasma*, una novela generacional. Y un valor emblemático, expuesto con una frase magistral, posee un sector de la narrativa memorialística de Francisco Umbral, aquel que se centra en la recuperación de las vivencias adolescentes de un niño de derechas. La Valladolid juvenil de Umbral transforma autobiografía y memoria de anécdotas de una nítida percepción, crítica y lúcida, del sistema de valores de una sociedad provinciana de la que terminará por huir el artista adolescente. Luego, en otros incesantes títulos, Umbral ha fijado en la placa del tiempo mediante una palabra testimonial e inventiva la trayectoria posterior, madrileña, del escritor consagrado, pero también, y puesto que para él la memoria histórica posee una importancia capital, ha vuelto la vista atrás y, en el ámbito de la ficción histórica, ha recreado la forja falangista -de un sector de la Falange- del nuevo Estado en un Burgos convertido en cuartel general de la sublevación.

La reflexión castellana que, sin menoscabo de lo particular, se convierte en testimonio general, universal de un tiempo alcanza con Miguel Delibes una cima. Tanta atención presta el vallisoletano a su entorno que sería de estricta justicia el consagrarle la mayor parte del espacio de este panorama porque su sola figura monopoliza la mayor parte de la narrativa castellana de la postguerra. Además -y es un valor añadido por lo infrecuente- su radicación en Valladolid lo convierte en un escritor fundamental de Castilla, sobre Castilla y desde Castilla. Pero no hará falta extenderse en él por la notabilidad que ha alcanzado, por la gran difusión que logra cualquiera de sus textos y por lo mucho y bien que ya han escrito otros acerca de su obra.

Delibes, según es sabido, ha dado cuenta de la Castilla rural y de la urbana, de su geografía humana, física, económica y moral. Y lo ha hecho con detalle y desde múltiples perspectivas, ya que casi toda su obra tiene un mismo escenario, que nada más ha abandonado en contadas ocasiones. Sólo por razón de la verosimilitud novelesca hace viajar a su bedel Lorenzo a México y con buen juicio lleva a Extremadura, tierra de latifundios, a los antihéroes de *Los santos inocentes*. No es cuestión de detallar aquí la galería de seres representativos de grupos humanos (del niño indefenso o del campesino indigente a la mesocracia urbana) que ha trazado el escritor ni la lista de motivos habituales en su obra (pesca, caza, deporte...) por bien conocidos.

Lo que me interesa subrayar es la aceptación de unos libros, pienso en los más

cronísticos, que por su temática tan en apariencia insignificante (las perdices y liebres que, con una punta de elegía, evoca en *El último coto*, por ejemplo) y por su decir sencillo no parecería que fueran capaces de despertar un interés general. Sucede al contrario y ello porque Delibes nos habla, con acentos cordiales, de una realidad elemental pero en la que cristaliza la gran amenaza que pende sobre el mundo, la presencia avasalladora de una tecnificación incontrolada. Desde Castilla Delibes ha sabido convertirse en el portavoz de un mundo más humano, menos entregado al desarrollismo y al consumismo. Y lo ha hecho -y ahí está la razón de su arte, más que en esos temas- rescatando, revitalizando o al menos dejando memoria de un habla rica y exacta, de un decir preciso que no evita el cultismo pero que tampoco ignora las jugosas y plásticas expresiones populares. Una obra tan poco pretenciosa como *El último coto* citado adquiere, de una forma quizás no voluntaria, el valor de una metáfora de nuestro tiempo y hasta de la biografía del escritor: esa caza o pesca amenazada e incluso extinguida se designa con unas voces que ya son sólo mancha entintada en los diccionarios; pareja suerte corren los animales silvestres y las voces que los nombran. Otra lección novelesca, además, ofrece Miguel Delibes. Su modo de concebir la ficción como el relato de una historia que sucede a alguien en un tiempo y en un espacio precisos ha pasado momentos de escasa credibilidad, cuando se postulaba una narración más experimental. Hoy ha vuelto a tener crédito esa forma delibesiana y de esta manera el autor de *Viejas historias de Castilla la Vieja* o de *Castilla habla* representa como pocos la vigencia y la actualidad de una novelística basada en la siempre fascinante tentación de contar o de escuchar historias.

En un jugoso y censurado prólogo para la primera edición del mencionado *Retazos de Torozos* afirmaba otro gran escritor castellano, Juan Antonio Gaya Nuño (y aprovecho la mención de su nombre para recordar la injusticia de que su *Historia del cautivo* tenga todavía pendiente una edición española), lo que sigue:

Ha dicho repetidamente Ramón J. Sender que él siente la región, la comarca natal, mucho más que la patria. He aquí cómo un novecentista nada tradicional concede razón a los escritores regionalistas, que parecían ser una dolencia literaria decimonónica. No, ¿qué habían de serlo? Por lo menos, mientras España conserve algo de diferenciación en sus tan varias tierras, está más que justificada una literatura, no ya regional sino hasta local, incluso de campanario de aldea.

Vale lo citado para aducir una autoridad, doble en este caso, que explica la indeclinable filiación de Delibes con lo castellano y también para argumentar a favor de un localismo que sin cerrarse en las bardas de cada corral sea capaz de hablar a un lector de cualquier lugar de asuntos de general interés, universales, por referirse a cuestiones humanas a las que se agrega la emoción de lo local. Sirve esta afirmación para Delibes, pero a partir de ella quiero saltar a otros escritores en cuyo haber está

una de las contribuciones más importantes a la narrativa española de los últimos decenios y que comparten, entre otras cosas, un fuerte enraizamiento local, desde el que han sido capaces de explorar al ser humano en su dimensión individual y colectiva.

Estoy aludiendo a un grupo de narradores a quienes, en virtud de la amistad que les une, se suele presentar como un sólido reducto de intereses cuando lo que revelan es una confraternización humana y una sugestiva complicidad artística muy poco habitual en un mundo tan cainita como el literario. Esa alianza amistosa, a la que propongo calificar genéricamente como «grupo de Claraboya» por la revista poética en la que varios de sus integrantes hicieron sus primeras armas, ha llegado a producir libros en colaboración (el relato viajero *Los caminos del Esla*, firmado por José María Merino y Juan Pedro Aparicio), pero también es verdad que recubre trayectorias literarias cada día más divergentes. Otros aspectos de mayor sustancia destacan, sin embargo, en las relaciones entre los miembros del «grupo de Claraboya». Uno de ellos no se ha apreciado en lo que vale y significa, pues si alguna vez se recuerda es a simple título anecdótico. Se trata de otro libro en colaboración, *Las cenizas del Fénix*, firmado por el apócrifo Sabino Ordaz y escrito por Aparicio, Díez y Merino. La significación histórica de ese puñado de ensayos, llenos de ideas, de pasión literaria y de sana efervescencia juvenil, viene de una reivindicación de los valores emocionales y humanitarios de la literatura frente a los movimientos formalistas muy arraigados a comienzos de los setenta. Véase un jugoso fragmento de un artículo de 1977 de intencionado título, «De la novela a la vida»:

Hay últimamente una querencia de traer la literatura de la sintaxis, y no de la vida. Yo creo que este empeño viene de la influencia de [...] muchos profesores [...], y de bastantes críticos, que por no tener el gusto de leer (o por no haber aprendido a hacerlo, o no haber podido) quieren sustituir la gozosa participación sentimental del buen lector con una sofisticada hermenéutica de lo formal, administrada en el arcano y, por lo tanto, propiciadora de élites sacerdotes (p. 37).

Un año más tarde, Sabino Ordaz arremetía contra Juan Goytisolo, al que censuraba «haber llevado su obra a una *novela sin salida*», en coherencia con lo postulado en el artículo antes citado, que asigna a la ficción un claro papel en el mundo: «la novela -dice Ordaz- ha sido la gran propagandista de la libertad de pensamiento, la gran iluminadora del humanismo escéptico y liberal». Por supuesto que otras muchas personas pensaban de modo parecido en los años de la doble transición política y literaria, pero estos ensayos -de cierta repercusión debido a su difusión inicial en las páginas de la prensa- constituyen una de las escasas aportaciones teóricas de interés del momento y, desde luego, formulan una opción estética con una gran nitidez, con perspicacia histórica y con capacidad de orientar la creación literaria en circunstancias de incertidumbre. Véase si no el carácter

programático de estas otras palabras de Ordaz, adelantadas de un tipo de literatura que sería la que, al fin y al cabo, vendría a imponerse en los años de la democracia:

La «literatura de lo formal" nunca tendrá esa potencia para alambicar lo real, lo vivo, para destilarlo en una nueva realidad también viva, también palpitante y entrañada. La "literatura de lo formal" no es, generalmente, sino una colección de juegos, algunos ingeniosos, pero que no trascienden de su condición hiperbólica: siguen siendo jeroglíficos desmesurados que nunca sobreviven a la destrucción que comporta su lectura (p. 39).

Algunos aspectos más vinculan a los autores del «grupo de Claraboya». Así su gusto por la literatura viajera o por la reflexión creativa centrada en su entorno leonés. Al recorrido por el Esla antes citado han de añadirse otros varios libros: *El trasantábrico*, de Aparicio y *Relato de Babia*, de Luis Mateo Díez, cuya amparadora sombra se extiende a *En Babia* o *El río del olvido* de otro coetáneo, aunque de una promoción más joven, Julio Llamazares. También comparten una coincidente actitud estilística: una defensa de un castellano rico y exigente que, sin detrimento de las condiciones peculiares la prosa narrativa, le devuelva a ésta la dignidad de lo literario, después de años de empobrecedora instrumentalización de la lengua.

En fin, de este grupo de escritores parte, además, uno de los impulsos decisivos en la configuración de las últimas directrices de nuestra novelística. Me refiero, en particular, a su práctica de un relato que, en buena medida, fija su sustancia en el viejo arte de contar historias. Esa línea, de ascendencia tan cervantina, constituye una de las predominantes en los últimos veinte años y si obedeció a necesidades internas de renovación de nuestra prosa, obtuvo un impulso definitivo gracias a estos narradores leoneses -y no es la primera vez que León desempeña un papel destacado en las letras de postguerra: piénsese en el cambio de rumbo de la lírica estimulado por el empuje rehumanizador de *Espadaña-*, quienes aportan una peculiar contribución. Se trata de un gusto y de una reivindicación de los relatos de tradición oral, de la literatura popular del filandón rural leonés. Ellos beben, sin mala conciencia, en esos relatos entre lo costumbrista y lo mágico y no tienen empacho en contaminar sus novelas con peripecias cuya fuente está ribera del cuento folclórico. Se podrá decir que la narración tradicional tiene un peso diferente en Aparicio, Díez, Merino o Pereira, y que resulta forzado relacionarlos estrechamente a costa de ese rasgo. Me parece que, por encima de sus voces con incuestionable acento personal, el tono oral de muchas de sus anécdotas novelescas constituye una contribución compartida por todos ellos, aunque con matices, más nítida y quizás más vivida en Díez, más difuminada en la afición metaliteraria en Merino, más alojada en el ámbito de la alegoría en Aparicio.

Ese gusto por el relato que refiere historias y recrea vidas determina un rasgo

común de estos narradores leoneses, una concepción de la novela como cuento de cuentos, como muñecas rusas en las que un molde externo acepta otras múltiples peripecias que hasta podrían tener vida independiente. Bien claro se ve en las historias que se viven -en el escenario o en la realidad de la ficción- en la *Orilla oscura*, de José María Merino, y en las divertidas peripecias que suceden a los cofrades de *La fuente de la Edad*, de Luis Mateo Díez. Y en los episodios urbanos de *Retrato de ambigú*, de Juan Pedro Aparicio.

Otro dato común a los narradores del «grupo de Claraboya» quiero destacar: su enraizamiento en una problemática local. Habitualmente, las historias que narran se emplazan en lugares bien precisos de una geografía real, localizable en el espacio urbano o rural de León. Para que no quepa ninguna duda al respecto, los libros de Aparicio, Díez o Merino están llenos de referencias que llaman la atención sobre el concretísimo escenario en el que se mueven los personajes: nombres de calles o de monumentos, una toponimia exacta. Y hasta, en alguna ocasión, sus novelas son auténticas guías urbanas (por ejemplo *Las estaciones provinciales*, de Luis Mateo Díez). Puede ser que el relato esté impregnado de lo fantástico (ocurre en Aparicio), pero no desaparece la referencia real. Puede ser que los personajes viajen a remotos espacios de la geografía o de la mente (*El caldero de oro o La orilla oscura*, de Merino), pero siempre vuelven al espacio originario, que adquiere dimensiones trascendentes, casi míticas. Toda la narrativa de Luis Mateo Díez tiene esa vivencia entrañada, crítica con frecuencia, en la tierra, en el paisaje, en el callejero. Pero sus relatos no acaban en un testimonialismo o costumbrismo localista, sino que los trasciende hasta valores universales. Estas obras novelescas han proclamado en nuestros días la necesidad de una vuelta a las raíces, frente a un estereotipado y con frecuencia falso localismo. Pero no estamos sólo ante una proclama bienintencionada sino que sus obras demuestran que desde lo local, desde el sentimiento íntimo de la provincia (aunque sin nada de provincianismo) se pueden alcanzar las categorías más generales, más imperecederas del arte.

Incompletas, sin duda, y esquemáticas en exceso, estas notas que podrían servir de guion con apostillas para una monografía cumplida, demuestran la vitalidad y la variedad de la actual narrativa en Castilla y León. Una sombra amenazadora, sin embargo, se cierne sobre un panorama en sí mismo positivo, la de una falla considerable en el sistema literario del que autores y obras son piezas imprescindibles, pero no únicas: las letras de Castilla y León carecen de un soporte industrial lo bastante sólido como para que los escritores no deban emigrar a los grandes centros editoriales y como para que sus textos no se vean obligados a pasar la criba de otros intereses que cada día son más multinacionales.